



San Ignacio del Masparro, 21 de noviembre de 1984

R.P.  
FAUSTINO MARTINEZ DE OLCOZ, S.J.  
**Pamplona.**

Mi querido Faustino:

Cuando uno tiene buenas noticias, escribe con más alegría. En este momento tengo grandes noticias para ti y te escribo con especial consolación, porque además de las buenas Nuevas, te quiero escribir una Carta Mariana.

He dado un paseíto para entonarme con la belleza de la mañana y con el soplo suave de la brisa, que viene del Este. Este vientecito seguido, además de llevarse los mosquitos y jejenes, suaviza y hace grato el calor, que va subiendo poco a poco, dominando la dulce temperatura, que nos han dejado la noche y el amanecer.

Ha sido un acontecimiento, para Fe y Alegría en conjunto y para Fe y Alegría de Venezuela en particular, el buen éxito de la Asamblea Internacional tenida en Mérida. Hubieras gozado, pero yo prefiero que vengas solo, pues el gentío nos tenía monopolizados a todos y en especial al Director Fabián González, a la Madre Monte y a mí. Prefiero que vengas solo, para disfrutar a tus anchas un buen cuarto, en la hermosa Hospedería recién inaugurada, pasear por los corredores, que más bien son tránsito, saborear la bonomía de Comedor, tipo mesón y echarnos una arenga de las tuyas en la Sala de Conferencias, que tiene una buena semejanza con una sillería labrada de Coro de Señores Canónigos.

Creo que todos los Asistentes a la Asamblea Internacional quedaron muy satisfechos del buen trato, que les dimos, del trabajo ideológico y práctico de las Reuniones Grupales y Plenarias y del progreso de Fe y Alegría, que

pudieron observar en San Javier y en los Informes de cada País.

Los Muchachos estaban muy interesados en la Asamblea y me preguntaban con gran curiosidad: ¿qué han decidido...? Nos armonizaron la Liturgia diaria, con sus cantos entusiastas y unánimes y las tertulias nocturnas, pues decidimos, que en vez de trabajar de noche tuviéramos un poco de solaz y relajo, como dicen aquí.

Hubo muy buenas anécdotas y actuaciones folklóricas, que complacieron a nuestros visitantes internacionales y a los numerosos Directores y, especialmente, Directoras de los Colegios nuestros de Venezuela.

Creo que fue una Asamblea constructiva y feliz. Todos tuvimos la impresión de que Fe y Alegría marcha unánime hacia adelante. Se acordó que la siguiente sea en San Salvador, tierra que tú trabajaste y conoces bien. La fecha, en los primeros días de Noviembre 85.

En el mes anterior a la Asamblea, trabajamos intensamente para tener lista la Hospedería. Como tuvimos que reducir, en unos cuarenta menos, el número de obreros, fueron los Muchachos nuestros, los que pudieron hacer una gran demostración de trabajo de calidad.

Yo deseaba impactar a los Asambleístas y creo que lo logramos, demostrándoles que es posible crear Escuelas Profesionales de calidad. Te estoy mandando con esta carta varias copias del trabajo que presenté en la Asam-

blea, sobre San Javier y sobre San Ignacio del Masparro.

Los visitantes provenientes de la Asamblea, que pasaron por aquí, pudieron observar que, con un poco de valor y audacia, Fe y Alegría se puede lanzar a la Educación de los Campesinos, si no en masa, si en serie, de modo que sean muchos los Institutos Agro-Pecuario- Forestales, que podamos fundar en los próximos años.

Te decía al comienzo que pensaba escribirte una "Carta Mariana", pues siento una gratitud especial a la Virgen, que me ha devuelto a una oración consolatoria, por medio del Rosario.

A ti te interesa todo lo que pase en el Masparro, pero más que lo que pasa por fuera, lo que pasa por dentro.

Le agradezco a la Virgen habernos dado esta finca, que está en forma primitiva, para que podamos transformarla, gracias a nuestros Colaboradores, aprendiendo a realizar con la tierra las cosas más hermosas, que puedan brotar de su fecundidad bien cuidada y trabajada. Ya en buena parte, estamos comiendo de lo que ella nos da. Esta mañana me he desayunado con dos tazas de café, una arepa grande de maíz y una naranja. El café y la naranja eran comprados, pero lo alimenticio, que era la arepa bien tostada, era ya del Masparro. Pronto lo serán también el café y las naranjas. A seis metros del corredor en el que te escribo, hay ya trescientos naranjos en vivero. Son, los mayores, como de un metro de altura. Inmunes a la enfermedad que llaman: "Tristeza". Injertados con buena clase frutal. Dentro de dos o tres días, ya estarán plantados en el campo vecino y serán una promesa próxima de sabrosa fruta. Los mangos y las papayas, están también esperando turno, para pasar del vivero al terreno productivo.

Le tengo un agradecimiento especial a la Virgen, por esta paz, por esta calma y por esta compenetración, que siento con la obra y el trabajo de Dios, que brota de la tierra en la yuca, en el maíz, en las grandes y gustosas calabazas y melones, que nos rodean. En los árboles tranquilos y firmes, en el río que es todo corriente de fecundidad y mansedumbre viajera, en los plátanos, topochos y bananos

que agitan sus grandes hojas en el viento. Se mejan una multitud cubierta de banderas verdes, que aclaman a su Rey. Son ya tres mil. Espero que sean, pronto, doce mil.

En este ambiente, nuevo para mí, ha tenido lugar mi encuentro con el Rosario. Un hallazgo más grato cuanto más conocido y más sorprendente, por los tesoros de piedad y de viva fe, que me ha ido devolviendo poco a poco.

Por aquí ha pasado el Padre Antonio de Melo, Jesuita Indio, depositario de lo mejor que tiene la ascética, la meditación y la plegaria hindú, inserta en cristiano.

Todos los que hicieron un retiro de una semana con él, se hacen lenguas de su espiritualidad, de su fluido y expresivo castellano y de su amenidad. Parece que alabó mucho el ritmo repetitivo del Rosario y la lluvia mansa de su reiteración, que va empapando el alma con el ahondamiento de sus ideas esenciales y con su densidad que cala profundamente si el corazón está abierto a la luz humilde.

Estas ideas que le he oído a mi hermano Manuel, como dichas por de Melo, concuerdan con mi experiencia.

Al decir "Padre nuestro", su sorprendente contenido se agranda con la repetición, cobra confianza, sea si se dice como mirada reverente, sea como grito de socorro, pidiendo auxilio, sea como explosión de alegría y de gozo, por tan inmenso descubrimiento.

Sólo por el aliento, que nos da Jesús y unidos a su intención de Hermano, que nos enseña una palabra salvadora, nos atrevemos a decir: Padre.

Esta palabra encabeza y da sentido filial a todas las palabras, que la sigan, sean del afecto y tonalidad amorosa que sean. Toda conversación, toda adoración o toda petición o acción de gracias, que entablemos con el Padre, queda sustancialmente impregnada con esa esencia de amor y de esperanza.

Y mi querido Faustino, alabemos la grandeza y la bondad de Dios, que reveló estos misterios a los pequeñuelos, entre los cuales, por su sencillez y espíritu ingenuo, están muchas de nuestras viejecitas, que desgranar con gran consuelo sus imperceptibles rosarios.

Digo imperceptibles, para nuestros Catequistas en Derecho Canónico o en Teología. No digamos a muchos que lo son en Matemáticas o en Física Nuclear que, en vez de ver al Padre sobre el techo de sus conocimientos, se regodean sólo en el momento orgulloso de su sabiduría.

Mi abuela materna era una de esas Viejecitas Santas, que después de darle su vida a sus hijos, a sus nietos, a sus huéspedes, pues tenía un Hotel, a sus pobres a quienes recibía como a Cristo, ya con más de ochenta años, casi paralítica en su cama, sacaba los brazos sobre las sábanas y rezaba, hora tras hora, sus Rosarios.

En su fino rostro arrugado, pero siempre sonrosado, brillaban de dulzura y de felicidad, sus ojos alegres. Un rosario por cada una de sus cinco hijas, otros por cada uno de sus yernos y otros tantos por sus once nietos. Pero, como entre estos últimos, había dos que ella consideraba en mayor necesidad espiritual, a éstos los ayudaba con dos Rosarios a cada uno. Total y sin fatiga, Veintiún Rosarios de cinco decenas, es decir ciento cinco Padre Nuestros en plena consolación.

Nada revelaba rutina o cansancio o fatiga. Eran Rosarios alegres como sus ojos, felices como su expresión de felicidad, entretenidos como los dulces recuerdos de los que ella encomendaba a Dios, llena de amor.

Faustino... He recordado este hecho siempre con cariño, pero creo que sólo lo he comprendido en mis felices días en San Ignacio del Masparro, en que la vejez me está acercando al tono cariñoso y permanentemente consolado de mi abuela.

Esto me ha hecho pensar en cómo serían aquellos Rosarios por dentro y llego a la conclusión de que tuvieron que estar llenos de consolación espiritual y de paz, henchida de esperanza. De otro modo, no es posible rezar Veintiún Coronas, todos los días, siempre con alegre semblante de dicha y de gozo constante.

Mientras acabo este punto y aparte, se encabritó la brisa, se enfureció el viento y a los cinco minutos de decir: ¡¡¡ya viene el agua!!!, empezó a descargar un jubiloso chubasco,

que le vendrá de primera al tomate y al melón que ya tenemos sembrados. El tomate tiene una hilera de trescientos metros, que empieza a despuntar las primeras flores amarillas. Después vienen siete surcos, también de tomate, de unos ciento cincuenta metros, que continúan con bonitas plantas de melón.

Con el aguacero que viene estamos con prisa de recoger un remolque lleno de maíz, para que no se moje y se pudra.

Estas prisas campesinas son muy impensadas, con los cambios bruscos del tiempo. Pero tienen algo de alegre repentización de soluciones.

En poco rato al peón que está aserrando madera y tiene puestos unos anzuelos a la orilla del río, le han caído dos rollizas cachamas; una de algo más de dos Kilos y la otra de más de tres. Son las agradables sorpresas del río. La cachama es un pescado sabrosísimo. Mejor de gusto, que la más fina merluza.

Pero prosigamos el Rosario. Estas no son distracciones, sino pequeños Misterios Gozosos, que salpican el trabajo y el calor del día, que hoy ha estado todo el tiempo suavizado por una fresca brisa. Sólo ahora después del chaparrón se ha hecho una calma calurosa y húmeda.

A veces yo rezo los quince misterios en el Jeep, en la consideración de las escenas, que evocan. Entonces pasan las bellas palabras, debajo de las personas, que enmarcan esa situación de la Anunciación o de la Visitación o del Nacimiento en Belén, en el Templo, en la Presentación o en la Pérdida del Niño.

A veces la luz espiritual viene de las grandes palabras. En el sentido de decir Padre y por lo tanto Amor tiene nuevo fulgor la Encarnación o el Nacimiento o los Misterios Dolorosos, envueltos en la voluntad del Padre. O la Asunción o la Coronación de la Virgen por Reina Soberana, en todo el Infinito Imperio del Señor Todopoderoso.

Venga tu Reino... es una súplica profunda, misteriosa, como Misterio Infinito de Dios. Da luz reflexiva a lo que se aplique.

De modo parecido, el Hágase tu Voluntad, que nos une al océano de Amor Divino.

Cuando veo las siembras y las plantaciones en promesa, digo con más verdad y con más confianza: Danos hoy el pan de cada día. Para una persona de ciudad, ese Pan es algo borroso e impreciso. Casi abstracto, porque lo ciñe al panadero y a la panadería, que son el fin del largo camino, que hace el pan, desde la siembra hasta la mesa.

Aquí al lado, en una estantería, tengo los potes sellados en donde está la semilla de tomates, de pimentones y berenjenas. Cerquita está el almácigo, para plantar la tomatera y a cincuenta metros las primeras hileras escalonadas, de mayor a menor, de las plantas en crecimiento. En este momento estamos haciendo los surcos, que servirán como canales de riego. En un futuro cercano aparecerán los cachetes rojos de los tomates y pronto, después de este largo camino de cuidados, estarán sus tajadas en las fuentes de ensaladas...

Frente a ese rosado porvenir, se pide muy concretamente: Danos hoy el pan o el tomate de cada día... haz que crezca, que madure bien...

Las palabras del Padre Nuestro, me traen más luz que las del Ave María. Tienen fuerza para teñir las diez Ave Marías de cada Misterio y para agrandarlas, porque el Dios te salve María, ilumina a la Virgen con la gloria infinita del Padre, empapándola de Divinidad.

Lo mismo siento en el: "Llena de gracia" y en "el Señor es contigo".

Como ves, Faustino, cuando el Señor dijo: así tenéis que orar, no nos estaba enseñando una oración de carretilla. Parecida en densidad fue la intención de la Iglesia al unir las palabras del Ángel con las de Santa Isabel y con las que añadió la más profunda piedad mariana. Qué insondable es decir: Madre de Dios, ruega por nosotros...

Me atrae desarrollar con orden una conversación completa sobre el Rosario. Quizá San Ignacio, en el Masparro, me dé tiempo y esfuerzo, para intentarlo. Al fin y al cabo todo ese trabajo está ya contenido en los "Modos de Orar", que él nos enseñó hace tiempo.

Algo sustancial ante las grandes oraciones vocales como el Padre Nuestro y el Ave María,

está en realizarlas en la presencia de Dios y de la Virgen. Si esa proximidad de amor se logra, el camino hacia el Señor, que nos ofrece el Rosario, lleva a todas partes y a todas las situaciones más variadas de la vida de un alma cristiana.

Además del Rosario de las Palabras y del Rosario de los Misterios, estaría el Rosario de los Pequeños Misterios Olvidados y el Rosario sin palabras.

El Rosario de los Pequeños Misterios podría empezar así: Primer misterio: El Despertar de la Virgen. Segundo Misterio: La Virgen se asea: Qué dulce y bonita es... Tercer Misterio: La Virgen enciende su cocina de barro... Cuarto Misterio: La Virgen está moliendo el trigo... Quinto Misterio: La Virgen amasa la harina con un poco de agua. Sexto Misterio: La Virgen está cociendo el pan sin levadura como lo hacen aquí las mujeres andinas. Séptimo Misterio: La Virgen toma un poquito de masa ya fermentada. Octavo Misterio: La Virgen con José y Jesús comen el pan caliente. Noveno Misterio: San José y Jesús salen para el trabajo. Décimo Misterio: La Virgen se queda sola. Undécimo Misterio: La Virgen barre la casa. Duodécimo Misterio: La Virgen se pone a hilar. Décimo Tercero... Teje la Virgen en su telar rústico. Décimo Cuarto... La Virgen recibe la visita de su Vecina Rebeca. Décimo Quinto: La Virgen sale de compras. Va sólo a buscar aceite. Décimo Sexto: La Virgen prepara la comida de la tarde. Décimo Séptimo: Vuelven Jesús y José. Décimo Octavo: La comida con pan e higos secos y algunas nueces. Décimo Noveno: La Sagrada Familia conversa un rato. Vigésimo: La familia dice unida los salmos antes de dormir. Vigésimo Primero: Los tres extienden sus esteras para el reposo nocturno...

Y como éstos los Cien Misterios de la Vida Oculta, que adoran al Padre, como nunca ha sido adorado y amado en todo el Mundo y en toda la Historia.

Ya he recordado en las Cartas del Masparro al hermano Maíz, que era el Cocinero de nuestro Noviciado. Rezaba constantemente el Rosario, mientras miraba las grandes ollas de sopa o de cocido o las grandes sartenadas de papas fritas. Cuando necesitaba usar las dos

manos se colgaba el pequeño Rosario en una oreja, como en la más devota percha.

¿Qué pensaba mentalmente este piadoso cocinero...? No lo sé. Pero siempre rezaba, yo creo además que con su Rosario en la oreja escuchaba los susurros amorosos de la Virgen y quién sabe qué consejos o maternales iluminaciones.

Cuando yo lo veía durante el mes de cocina, que hacíamos todos los Novicios, me daba devoción mirarlo. Hoy considero que él sentía la proximidad y la presencia de la Virgen y que con esto hacía la más bella oración de cercanía a la Señora del Cielo, de la Tierra y de aquella inspirada Cocina.

Esta es otra de las formas de Oración por el Rosario que me atrevería a aconsejar a los que están trabajando en menesteres sencillos o que están ya fatigados o débiles o convalecientes. Con acercarse a la Virgen y pedirle humildemente que Ella se aproxime a nuestra pobreza ya estamos haciendo una oración fértil. De repente, una de las grandes palabras del Rosario dará como un chispazo o como un gran relámpago de comunicación y de fe resplandeciente. Eso es mucho. Eso es más que prolijas meditaciones.

Veo ahora, que hay miles de maneras de rezar el Rosario en las Ciudades y en la soledad amable del Masparro.

Podría ser desde una ventana o un mirador que da a la calle: El Rosario de la gente que pasa a pie o sobre ruedas. La Virgen con su amor compartiendo nuestra atención y nuestra mirada hacia la gente anónima, que va a su trabajo o a sus compras o a sus visitas.

Pero podría ser también el Rosario de las nubes, que pasan por el camino ancho y azul del cielo, llevando sombra y riego a campos distantes.

O el Rosario de la corriente del Masparro, que desliza millares y millares de metros cúbicos de agua fecunda, que casi nadie aprovecha. Va a mi lado como una hermosísima serpiente parda, adornada de brillos como chispas resplandecientes, como escamas de fuego. Y lleva dentro el tesoro de millares de peces, que a ratos muerden nuestros anzuelos y

pasan en pocos minutos a nuestras rusientes sartenes, para darnos energía y proteínas.

El Rosario de los ruidos monótonos, puede también ser un manantial continuo de mensajes celestiales. Oigo el tractor arando terceramente, gracias al petróleo, que el Señor construyó con millones y millones de peces y crustáceos en el fondo de los mares cálidos y que luego guardó y sometió a las grandes presiones de capas de terrenos en miles de metros de profundidad, para que hoy lo extraigan y disfruten los hombres, convirtiéndolo en el gran amigo de los grandes sembrados de sorgo o de arroz o de maíz o de frijoles. Es decir en alimento y satisfacción para sus hijos, los hombres.

A mis espaldas trabaja la motosierra, que corta tablas, tablones y columnas en cuarterones de tupida madera, tejida con paciencia de siglos por los espléndidos árboles, que nos rodean. Es el Señor y su gran Cooperadora la Virgen, que nos ayudan y nos protegen con previsora y milagrosa bondad.

Y el Rosario del Paisaje que nos obsequia Dios como película continuada de variedad interminable...

Viajando en carro o en avión o a caballo o a pie, el Paisaje siempre es nuevo o tiene novedades maravillosas. Ante esa comunicación de Dios, en vez de mirar distraídos, nos podemos unir a la misericordia del Señor con ese lazo o esa cadenita de portentos del sencillo Rosario, viendo a la Virgen Maternal al lado del Rey o a nuestro lado.

Yo aprendí este Rosario en los Pirineos, acompañando una tropa de treinta y seis muchachos, por las grandiosas montañas de Huesca, muy cerca de la frontera francesa. Eran las moles de roca gris o las colgaduras majestuosas de los pinos, sobre los abismos con torrentes espumosos, que se nutrían del deshielo de los picos nevados.

En los altos de la caminata rezaba un Misterio. El marco para la oración estaba lleno del poder y de la belleza del Dios Creador de aquella naturaleza grandiosa y bravía. Después caminábamos todos en silencio y en fila india, hasta el próximo descanso. Cuando al atardecer regresábamos al campamento en lo

profundo del Valle de Ordesa, habíamos dejado colgados en los picachos o en las fuentes, las ciento cincuenta Ave Marías de los quince Misterios.

Ya de vuelta a Venezuela, a los seis años de aquellas felices caminatas, recibí la invitación a la celebración de su primera Misa de uno de aquellos muchachos obreros, que había tomado el sendero del sacerdocio. Algo le había dicho la Virgen.

Bueno, Faustino, ven a visitarnos para que disfrutes con las ayudas de tus cooperadores convertidas en hermosas obras espirituales y materiales, en favor de estos nuestros pequeños hermanitos Llaneros.

Para María Luisa, un mensaje especialísimo. Para ti un agradecido y fuerte abrazo.

Tuyo.

P. José María Vélaz, S.J.



*Hospedería San Javier*